

mismo modo de pensar. Si los errores sutiles y puramente espirituales como los de Arrio, de Nestorio y de Eutichês habian formado sectas obstinadas, y en alguna manera eternas, qué conseqüencias habia de tener una heregia que se agarraba de objetos sensibles, populares, y atribuia la reforma al culto exterior? Una vez perdido por el pueblo el respeto á las cosas santas, es muy difícil volverle á él: furioso y acostumbrado á despedazar, á destruir, no podia salir tan pronto de sus excesos. La opinion que le obligaba á derribar las estatuas, y á blanquear las paredes de las iglesias para deshacer las pinturas de ellas, estaba muy distante de la que movia á tratarlas con honor, para esperar que esta mudanza feliz fuese repentinamente el fruto de un juicio de la Iglesia. Y así la cuestión de las imágenes fué todavía mucho tiempo el motivo de las turbaciones y divisiones que hubo en la iglesia Griega: en el siglo siguiente veremos las escenas horrorosas que nos hicieron llorar la renovacion sucedida en tiempo de Leon el Armenio, Miguel el Tartamudo, y Teófilo hasta el dichoso tiempo de Teodora, que gobernó el imperio despues de Teófilo, y dió el último golpe á la heregia de los iconoclastas.

ARTICULO VI.

Heregias que se levantaron en Occidente durante el siglo octavo.

Los errores de este siglo en Occidente fueron aquellos que la ignorancia y la supersticion pueden vomitar, como son los impostores de una hipocresía grosera, los delirios de una imaginacion, que ni aun sabe poner la verisimilitud en lo que produce, ni engaña á los demas, sino despues de quedar engañada ella misma. Tales fueron los errores de Adalberto, de Clemente y de Sanson. Pues aunque los de Elipando de Toledo y los de Felix de Urgel tuvieron mas arte y enlace, ligando mas sus ideas y derivando sus aserciones de algunos principios; sin embargo, se descubre tambien siempre en ellos una falta de combinacion, con que se prueba quâ léjos estaban aun los ingenios mas exercitados de conocer las verdaderas reglas del racionio. Exâminemos con algun cuidado estos errores,

que ellos nos darán á conocer mejor el talento de estos tiempos de tinieblas y de barbarie.

Adalberto, á quien algunos nombran Adelberto y otros Aldeberto, era de nacion gáulo, y nació al principio del siglo octavo de padres pobres y sencillos, como él mismo dice en su vida, que es una de las producciones ridículas de su pluma, y de que hay algunos fragmentos. Los tiempos de la ignorancia son favorables á los hipócritas y á los impostores por la disposicion que hay casi generalmente en creerles, y por el fruto que sacan de sus invenciones. Prueba de esto son las ventajas espantosas de Adalberto, y el crédito casi increíble que se ganó en poco tiempo sobre el corazon del pueblo. Fingió que habia sido santificado y coronado por Dios desde el vientre de su madre, como otro san Juan Bautista; y se vanagloriaba de que un ángel en figura humana le habia traído desde las últimas partes del mundo reliquias de una santidad maravillosa, por medio de las quales podia obrar los mayores prodigios, y obtener de Dios todo lo que le pedia, por lo qual halló acogida fácil en todos los lugares en donde se presentó. El pueblo naturalmente crédulo, y siempre amigo de lo maravilloso, las mugeres mas fáciles de seducir quando se les lisonjea el amor propio y la curiosidad, y las gentes del campo, á quien su candidez y simplicidad no precaven bastante contra los picaros disfrazados en la apariencia de hombres de bien, formaban un acompañamiento numeroso á la redonda de él, y admirados llevaban á todas partes su nombre. Para autorizar el papel que hacia con tanta aprobacion, pretendió realzar su persona con un título que añadió al respeto que causaba á la multitud. Empeñó á algunos obispos ignorantes en que le pusiesen la uncion de obispo. Revestido de este carácter adquirido contra toda razon, llevó adelante su orgullo hasta preferirse á todos los personajes mas santos que habia tenido la religion. Distribuia como reliquias preciosas y de la mayor virtud los pedazos de sus uñas y cabellos á los que le seguian, y no queria que se consagrasen oratorios ni altares sino á él. El pueblo abandonaba los templos por juntarse al derredor de las cruces que él plantaba en los campos cercanos á los caminos reales y á las fuentes, y dexaba á sus pastores ordinarios por seguirle á bandadas. Quando los pecadores iban á sus pies á pedir la penitencia, les impedia confesar sus pecados, di-

ciéndoles que él todo lo sabía, y que penetraba hasta los pensamientos mas ocultos. Su error y el carácter con que se distinguía su impostura, consistía en este extrañamiento que inspiraba de los pastores establecidos por Dios, y en el de la confesion auricular. Adalberto iba ostentando su fanatismo por aquella parte del imperio frances, que se llamaba entonces la Francia Oriental, que era el teatro de los trabajos apostólicos de san Bonifacio, el qual, hombre grande en calidad de obispo y de legado de la santa silla, creyó que estaba obligado á detener los progresos de un impostor que turbaba el orden, y arrastraba á los simples á una vida descarriada. A cuyo fin no habiéndole servido de nada los avisos caritativos que dió á este espíritu de soberbia, le delató á los prelados que se juntaron en Soisons año 744, los quales en número de veinte y tres obispos condenaron á Adalberto, y le prohibieron las funciones de obispo que habia usurpado. Pero no habiendo servido este medio mas que para irritar su orgullo, y hacerle mas osado en su fanatismo, llevó san Bonifacio la causa de esta rebeldía á la santa silla que ocupaba entonces el papa Zacarías, quien tuvo con este motivo un concilio en Roma en 748, en el qual se le volvió á condenar de nuevo á Adalberto, como á embaidor y sacrilego. Habiendo interpuesto su autoridad Pepino y Carlo Magno, que reynaban en Francia por aquel tiempo, fué arrestado el falso obispo y conducido á un parage seguro donde acabó sus dias, pero sin reconocer ni detestar sus extravíos. Los escritos que le condenaron, y de que existen extractos en los procesos que se hicieron contra él, son su propia vida escrita por él mismo ó dictada á alguno de sus discípulos: una carta que fingia escrita por Jesu-christo y caida desde el cielo, y una oracion que habia compuesto para el uso de sus sectarios, todo esto sellado con el cuño de la extravagancia, y digno de la pluma que lo produjo.

Clemente, oriundo de Escocia, habia elegido la Francia para exercitar allí su talento, y era otro impostor de este siglo: pero, ó porque su ingenio era ménos apto que el de Adalberto para hacerse lugar con el pueblo, ó porque habiéndole sucedido no pudo hacer otro papel que el de subalterno; lo cierto es que su reputacion fué muy inferior á la del embuidor que le habia servido de modelo. Sin embargo, Clemente no podia dexar de saber, si

es cierto, como dicen, que habia sido director de estudios en la célebre escuela de palacio, y que Carlo Magno le habia agregado á los literatos que empleó en el restablecimiento de las ciencias en su vasto imperio. Sea lo que fuere, por una falsa ostentacion de habilidad afectó Clemente que despreciaba todo lo que la antigüedad eclesiástica habia consagrado, los cánones de los concilios, los escritos de los padres sobre los dogmas de la religion, sus tratados de moral, y las explicaciones de diversas partes de la Escritura. Si este falso sábio se hubiera limitado á tratar de supuestos tantos monumentos respetables que la Iglesia conserva como manantiales de su doctrina, su temeridad deberia reprimirse; pero se hubiera podido poner en el lugar de aquellas paradoxas que causan demasiada inquietud para llegar á ser contagiosas. Parece que Clemente añadia aserciones verdaderamente dañosas á esta idea extravagante, y que imitando á otros hereges, no desechaba los antiguos monumentos, sino á fin de privar á sus contrarios de una autoridad opresiva de sus errores. No se sabe si Clemente se correspondia con Adalberto, y se comunicaban sus errores; solamente nos consta que fueron condenados juntos en los dos concilios de Soisons y de Roma, que hemos citado poco ha. Pero nó es fuera del caso hacer aquí una reflexion, y es que la opinion de Clemente, en quanto á la suposicion de los escritos de los padres ó su falta de autoridad, debia despertar la atencion de los hombres respecto de estos escritos con que se ha enriquecido la Iglesia, é inclinar los ingenios al estudio de la crítica para ponerse en estado de defensa. Y no sabemos que semejante opinion, que de suyo arrebatava tanto, hubiese tenido otra consequencia que la de producir la condenacion de su autor, porque en los tiempos de la ignorancia nada mueve, nada hace grande impresion, ni entonces producen tampoco los errores el fruto de excitar á los hombres á la indagacion de la verdad, como en los tiempos ilustrados. 201 Sason, presbítero irlandes, era uno de los perversos ministros que impedían los trabajos apostólicos de san Bonifacio y de otros misioneros de Alemania. Envidioso este presbítero del aprovechamiento del santo obispo de Maguncia juntaba el falso zelo á su error, y enseñaba que para ser christiano no era menester recibir el bautismo, y

que era suficiente estar iniciado en la religion por la imposicion de las manos de algun obispo. San Bonifacio combatió este error en un tratado de la unidad de la fe católica, que habia compuesto en su nombre y en el de otros obispos de Francia, y de que hoy carecemos. El papa Zacarías, á quien Bonifacio habia remitido este escrito, aprobó su doctrina, y en la respuesta refutó las opiniones erróneas de Sanson. Y para cortar la temeridad de éstos operarios del infierno, que iban sembrando la zizaña en el campo que Bonifacio y sus compañeros rompian con tanto trabajo, le mandó juntar contra ellos un concilio provincial, privarlos en él del sacerdocio, y desterrarlos á diferentes monasterios, para que en ellos acabasen su vida llorando y haciendo penitencia. Esto es todo lo que se sabe de Sanson y de sus errores.

No causa la mayor admiracion el que los griegos, dedicados al exámen de los misterios con aquel gusto de metafísica y finura de raciocinio con que se distinguian, hayan motivado las heregías sutiles del arrianismo y del nestorianismo en los siglos en que aun duraba al ingenio humano una parte de sus luces y energía; pero el que estos mismos errores se hayan renovado en la España, y se haya empeñado la Francia en ellos en medio de las tinieblas que cubrían el Occidente en el siglo octavo, esto es una cosa que no se debía esperar; y cosa confirmada con todos los monumentos que tenemos de aquellos tiempos que traen algunas circunstancias dignas de ser notadas, bien que causarán ménos admiracion el ver de nuevo estas antiguas sutilezas quando se reconozcan los principios que las reproduxeron.

La España ya era en la mayor parte christiana quando fué conquistada por los godos, los cuales convertidos al Evangelio por misioneros imbuidos en las opiniones de Arrio, habian abrazado la heregía y adjurado el politeísmo. Recaredo, el príncipe mas grande y mas ilustrado que tenian, los sacó de su error con ayudar al zelo de los pastores que trabajaban largo tiempo habia en instruirlos en los verdaderos principios de la fe acerca del misterio de la Trinidad y de los efectos de la Encarnacion; pero es de presumir que habria quedado en los corazones algun fermento de las anteriores preocupaciones. Por otra parte los moros sarracenos, sectarios de Mahoma, que se

habian apoderado de la España en este siglo, tenian tal horror á la idolatría, y tal inclinacion al dogma de la unidad de Dios, que quanto excitaba las ideas del número y pluralidad, hablando del Ser supremo, les parecia que otro tanto producía el politeísmo. Era imposible que los christianos mezclados con los mahometanos en las ciudades conquistadas por estos últimos no tuviesen frecuentes disputas con ellos sobre puntos fundamentales y distintivos de las dos religiones. Los mahometanos echarian en cara á los christianos el que admitian muchos dioses, una vez que, fuera del que nombraban padre, y veneraban como primer principio, criador, motor y conservador del universo, adoraban con él á un hijo, que habia salido de su substancia, y se habia revestido de la naturaleza humana, al qual llamaban Jesu-christo. Los christianos destruirian esta acusacion respondiendo, que ellos no daban á Jesu-christo el honor supremo, sino porque es un mismo Dios con su padre, y tiene la misma naturaleza, la misma substancia, y las mismas perfecciones: que el Verbo eterno en hacerse hombre no habia experimentado degradacion alguna ni mutacion en su ser: que la naturaleza divina y la humana estan unidas en su persona de modo, que no dexó por eso de ser una misma cosa con su padre: que en la Iglesia christiana se adora su humanidad solo por esta union sobrenatural, que la hace inseparable de la divinidad, y que en esto no hay nada que cause la menor sospecha de idolatría, supuesto que ésta consiste en pasar á los objetos criados el culto y honor que se debe al criador solamente. Esto sería lo que los christianos instruidos en los verdaderos principios de la fe católica responderian á los musulmanes; pero estas respuestas tomadas del lenguaje recibido en la Iglesia dexaban subsistir el misterio con toda la impenetrabilidad á que no alcanza el entendimiento del hombre. Hubo sin embargo entre estos algunos que se vieron mas frecuentemente expuestos á estas disputas, y otros que creyeron que debian tomar un medio mas breve de allanar la dificultad, discurrendo un sistema teológico acomodado á conciliar los efectos del misterio de la Encarnacion con las ideas de simplicidad y de unidad, que la razon no se para jamas en las nociones que nos da de la naturaleza de Dios.

De este número fueron Elipando, arzobispo de Tole-

do, y Felix, obispo de Urgel, prelados que pasaban por dos hombres sabios entre los demas, y causaron en Occidente los daños que Arrio y Nestorio habian causado en Oriente. Intentaron, pues, conciliar la fe con la razon, y sujetar los misterios mas incomprendibles al alcance de todos los entendimientos, para lo qual era menester separar de ellos todo lo que está fuera del orden de las luces naturales, y traerlos á las ideas comunes. Pero no cabe en estas luces ni en estas ideas el concebir tres personas iguales coeternas y codivinas participantes de una misma naturaleza de tal modo distintas, que no se pueda decir que la una sea la otra, y de tal modo unidas, que tampoco se pueda decir que son tres Dioses. Ni mas ni ménos es superior á la luz é ideas naturales el concebir una persona divina, que esté formada de dos naturalezas tan opuestas como la naturaleza de Dios y la del hombre, en cuya persona estas naturalezas unidas sin confusion conserven todos sus atributos distintivos; y que por el mismo efecto de esta union ennoblezca y eleve á la humanidad sin destruirla, y abata y humille á la divinidad sin envilecerla ni hacerla decaer. Ni ménos cabe en estas luces ni en estas ideas el concebir un hijo de Dios que al mismo tiempo sea hijo del hombre, de suerte, que se pueda decir de su madre carnal que es madre de Dios, y de su padre divino que el hombre es un verdadero hijo. Asi que no pudiendo la razon alcanzar estas verdades inaccesibles para ella, y siendo el fin que se proponia en profundizarlas el de obligarlas á que volviesen á entrar en su esfera, no se podia conseguir el fin sin formar un sistema en que entrasen principios y elementos sacados de las nociones que nos da la misma razon.

Imaginó, pues, Felix de Urgel, que en todo fué el maestro y la guia de Elipando, que siendo esencialmente una la Trinidad, era por consiguiente incomunicable, que Jesu-christo ni era Dios por naturaleza ni lo podia ser: que tampoco era hijo de Dios por una generacion propiamente tal, sino por adopcion y eleccion: que la gracia, por la qual le habia elevado Dios á la dignidad de hijo suyo, era el único título que tuvo para tener este nombre; y que así la qualidad de hijo de Dios que se le ha dado, no tiene mas fundamento que esta gracia de adopcion. Por este sistema que hacia simples las cosas, inteligibles y fá-

ciles de comprehender, queria Felix disipar las nubes que ofendian al mahometano, al judío y al filósofo, é indem-nizar el christianismo de la acusacion de la idolatría. Pero por mas claro y racionado que parecia este sistema, no dexaba de tener sus dificultades, y la mayor era, que por él se desvanecia el misterio. Los profetas, los apóstoles, los santos padres, los doctores y el lenguaje ordinario de la fe, todo estaba conforme en despreciar una doctrina, cuyo total mérito consistia en reducir al orden natural las verdades que la revelacion y la enseñanza de la Iglesia nos proponen para creer, y no para comprehender: una doctrina que no se podia llamar un don del cielo, un objeto de fe, un misterio oculto, sublime, impenetrable, mas alto que los cielos, y mas profundo que los abismos: una doctrina en fin que mudaba el christianismo en sistema filosófico. ¿Habia venido Felix á reformar en el siglo octavo las ideas que tuvo la religion desde su principio, á mudar el lenguaje de la antigüedad, á desmentir á todos los padres, á todos los testigos de la tradicion, y á enseñar á la Iglesia lo que no habia sabido hasta él? En dónde hizo este obispo el descubrimiento de esta doctrina tan nueva? En qué manantiales incógnitos la bebió? Cómo dió repentinamente en sus ojos una luz que se escapó á los de los antiguos doctores, y le dió el conocimiento de lo que Jesu-christo, los apóstoles, los concilios, y toda la Iglesia enseñaron siempre como incomprendible á la razon del hombre?

Para responder á estas dificultades de mucho peso habia juntado Felix de Urgel todos los textos de la Escritura que le parecian favorables á su opinión: aquel en que el mismo Jesu-christo dice que su padre es mayor que él: aquel en que el mismo Salvador explica de qué manera y en qué sentido llama Dioses la Escritura á los que se dirige la palabra Dios por causa de la gracia que han recibido: aquellos en que los apóstoles atribuyen los milagros de su maestro y su Resurreccion, no á su propio poder, sino á la virtud de Dios que estaba en él: aquel en que san Pablo dice que en la muerte de Jesu-christo estaba Dios en él reconciliando al mundo, y otros muchos que interpretaba conforme á su doctrina. Tambien se fundaba en el testimonio de algunos padres, que le parecia que no habian hablado como él, sino de una filiacion adoptiva y

nuncupativa. Estas eran sus armas, y con todo este aparato de racionios, de pasages y comentarios se presentó en el combate, sin temer que podría ser convencido de error.

Se levantaron España y Francia igualmente quando oyeron hablar de esta doctrina impia. Se sublevaron contra Felix y contra Elipando su discipulo todos los hombres mas sabios que habia en Occidente, y todos los mas versados en el estudio de la Escritura y de la tradicion. Es necesario advertir que Elipando no fué elevado á la silla de Toledo hasta cerca del año 780, y así el error de que vamos hablando no se difundió hasta los últimos años del siglo octavo, en el tiempo en que por la solicitud de Carlo Magno comenzaba la luz de las ciencias á dar un nuevo esplendor en Europa. Entre los que tomaron la pluma para cortar el nuevo ramo del arrianismo y nestorianismo, que parecia que volvia á renacer, se cuenta Beato (a) presbítero, que hacia vida monástica en las montañas de Asturias: Paulino, arzobispo de Aquileya: Richebodo, obispo de Tréveris: Teodulfo, obispo de Orleans: Agobardo, arzobispo de Leon: y el célebre Alcuino, abad de san Martin de Tours. Este último, que fué el primero de los teólogos y literatos de Europa, en este siglo y en el siguiente, escribió con tanta fuerza como erudición contra los dos obispos españoles; pero queriendo satisfacer desde luego las atenciones y respetos debidos á su dignidad y á sus personas, les escribió varias cartas, manifestando todas las razones que creia mas á propósito para hacerles ver el error y el peligro de la opinion que habian abrazado. Poco satisfecho Alcuino de las respuestas que le dieron los dos

(a) Beato, monge cenóbita y abad del monasterio de san Martin (al presente santo Toribio de Liebana) y su compañero Etherio, obispo de Osmá, muy doctos y versados en las sagradas letras, escribieron una obra célebre contra los errores de Elipando, arzobispo de Toledo, y de Felix, obispo de Urgel, que existe de letra gótica en la iglesia de Toledo, y fueron compañeros de Beato y Etherio, y contribuyeron á extirpar la heregia de los adoptivos, promulgada y esforzada por los dos obispos españoles Felix y Elipando, el abad Fidel y otro Felix, todos asturianos y del expresado monasterio de san Martin; y este Felix, de quien asimismo se queja Elipando como contrario suyo, fué, segun buenas conjeturas, el abad primero del monasterio de Obona, á una legua de la célebre villa de Tineo en Asturias, puesto por su fundador el principe Adalgastro, hijo del rey Don Silo año de 881. Florez España sag. tom. 34. Yepes chron. de san Ben. y Carballo antigüedades de Asturias pag. 151.

prelados, en que le trataban con aquel tono altivo y duro, muy comun en los que se ven apretados de argumentos á que no pueden responder, tomó el partido de combatirlos abiertamente, en lo qual correspondia á las intenciones de Carlo Magno, que le habia remitido el exámen de este negocio. No podia caer en mejores manos la causa de la verdad. El sabio abad compuso en su defensa dos tratados, en que impugnaba sucesivamente á Elipando y á Felix, haciendo analisis de los principios, sobre los quales establecian su sistema estos nuevos contrarios de la divinidad de Jesu-christo, y exáminando las autoridades de la Escritura y de los padres que alegaban. Por lo que toca á los pasages sacados de la Escritura, Alcuino respondia destruyendo las falsas interpretaciones de los dos obispos, y refiriendo la verdadera, segun los padres; y la enseñanza de la Iglesia; y en quanto á los testimonios de los santos doctores, casi todos alterados, truncados y apartados de su objeto con aplicaciones forzadas, los restablecia en su integridad, fixaba su verdadero sentido, y los explicaba comparándolos con otros lugares de los mismos escritores, en que habian enunciado claramente la doctrina de la Iglesia sobre los puntos disputados. Despues de haber desvanecido Alcuino las autoridades en que fundaban toda su fuerza Felix y Elipando, los persiguió con las armas del racionio, y demostró la analogia de sus opiniones con los errores que Arrio y Nestorio habian introducido en el mundo christiano.

Rara vez sucede que las refutaciones del error, aun las mas completas y claras, traigan al camino de la verdad á los que por sistema se han alejado de él, sobre todo si ocupan puestos eminentes, y tienen alguna reputacion de sabios. De esto nos ofrecen un exemplo Elipando y Felix. Los escritos de Alcuino y de los otros teólogos, que los habian combatido tan ventajosamente, solo sirvieron de hacerlos mas obstinados en sus dictámenes. Fué preciso, pues, invocar contra ellos la autoridad de la Iglesia, y citarlos ante su tribunal, creyéndose que no se debia perder tiempo, porque la nueva heregia empezaba á hacer partidarios en España, en Francia y en Alemania. El primer concilio que se juntó para detener sus progresos fué el de Ratisbona en el año de 792, en el qual habiendo comparcido Felix, no pudo su error eximirse de la censura

que merecía, confirmando el papa Adriano I. el juicio del sínodo en otro tenido en Roma el mismo año. Enviado Felix por Carlo Magno á la santa sede, que habia tomado conocimiento de su negocio, dió muestras de ceder á las luces y autoridad de los obispos, que unidos á su cabeza le habian condenado. Pero habiendo vuelto á dogmatizar con ménos moderacion que ántes, se vió nuevamente delatado en el concilio de Francfort de 794, compuesto de cerca de trescientos obispos, al qual asistieron los legados del papa, siendo condenadas las obras y la heregía de Felix y de su cólega. A pesar de estos golpes reiterados no se rindió Felix, y hubo todavía otros concilios contra él: uno de cincuenta y siete obispos en Roma, baxó el papa Leon III. año de 799: otro en Urgel, y otro en Aquisgran; en donde compareció Felix, y abjuró sus errores. No obstante esta abjuracion fué depuesto allí del obispado por sus frecuentes recaídas, y desterrado á Leon de Francia, en cuya ciudad murió el año 818 poco convencido de la verdad, la que secretamente no dexó de combatir hasta el último momento. Tenemos la profesion de fe que presentó en el concilio de Aquisgran; pero de los otros escritos que habia hecho en defensa de sus errores ó de su persona, solo nos quedan algunos fragmentos en las obras de los que los han refutado. Su estilo era animado, vivo y rápido, mas poco correcto. El de Elipando con mas gravedad tenia todavía ménos exactitud. Este prelado hizo un papel ménos considerable que Felix en todo este asunto, fuere por ser mas moderado ó mas dócil, ó por haber abandonado sinceramente sus opiniones, quando las vió reprobadas por tantos concilios.

No pondremos en el número de los errores de este siglo la opinion de los antipodas, sostenida por Virgilio, obispo de Saltzbourg y apóstol de Carintia; no obstante de que de ha atraído la censura de los concilios y la de Roma. Era muy escasa la ilustracion de aquellos tiempos para no escandalizarse de una opinion filosófica que ponía á otros hombres en la parte del globo opuesta á la que habitamos. Si Galileo no ha podido evitar igual suerte, por haber enseñado en el siglo decimoséptimo que el sol está inmóvil en medio del mundo planetario, y que la tierra se mueve al rededor de este astro: si á pesar de la proteccion de los Medicis y de los progresos que ya habia hecho la astro-

nomía, ha sido tratado de herege, y forzado á abjurar su sistema, como doctrina peligrosa para la fe: qué hay que admirar que la existencia de los antipodas fuese reputada como una heregía formal en los bárbaros tiempos en que Virgilio se atrevió á sostenerla?

ARTICULO VII.

Escritores eclesiásticos.

San Juan, de sobrenombre Damasceno, porque nació en Damasco, ciudad de Siria, fué la mas resplandeciente, ó por decirlo así, la única lumbrera del Oriente en este siglo. Aunque no se sabe precisamente el tiempo de su nacimiento, por lo regular se pone hácia el año 576. Su padre, que era de una clase distinguida, ocupaba no obstante de ser christiano un puesto de confianza cerca del califa de los musulmanes. Haciale recomendable su piedad, siendo una prueba de su caridad y de su desinterés el emplear sus riquezas en rescatar los cautivos. Entre los infelices, cuyas cadenas rompía este hombre generoso, se halló un monge italiano llamado Cosme, muy versado en las letras sagradas y profanas; y no creyó poder dar á su hijo un preceptor mas hábil. Cosme, que á sus conocimientos juntaba un gran amor de la verdad, miró como principal obligacion suya el inspirar á su discípulo el gusto de ella al mismo tiempo que le allanaba el camino de las ciencias. De las cosas útiles y curiosas en que le ocupaba, se aplicó especialmente á darle á conocer las opiniones y el método de los antiguos filósofos, de que habia hecho mucho estudio. Un género de ocupacion tan propio para extender el entendimiento, y darle vigor, era conforme al ingenio fuerte y profundo de Juan Damasceno; y así hizo de ella sus delicias, y en poco tiempo se habilitó en todas las partes de la filosofia, que su maestro estaba en estado de enseñarle. Después de la muerte de su padre heredó su plaza en el consejo del soberano de los musulmanes, y desde entónces se declaró abiertamente contra la nueva heregía de los iconoclastas, escribiendo para combatirla. Pretende el autor de su vida, que irritado Leon Isauro de que osase impugnar la secta de que él era cabeza, empleó los medios mas baxos para perder-